

sericorde de la muchedumbre que no quiere que haya en nosotros un punto de serenidad interior.

Venid al campo, pero no al campo lleno de quintas, de radios, de bares y de trenes eléctricos, sino al campo silencioso, solo y lento, donde las tardes giran armoniosas como muchachas sonrosadas que sonríen y, al trasponer, nos despiden desmayadas como flores, en un leve temblor de labios que se entreabren. Todo crepúsculo sereno en el campo, tiene una dulce curvación de hombro. Caminitos rubios juegan con las cinturas y las faldas de los cerros, como en los parques los niños juegan con las ayas. Y cuando el sol ha traspuesto, vuelven rumorosos, como ríos de la tarde, los caminos cargados de silencio. Ahora, en este momento, se me está haciendo íntimo este montecillo bajo un cielo lento de gloriosas ruinas. Todo es lento y todo da como un anticipo de lo eterno: el tiempo, las nubes, los caminos, el silencio, aquel labriego que trabaja y anda. Todo el universo se nos redonda en sosiego y nuestro corazón, nuestras ideas, se nos duermen en ritmos benignos, allá dentro del ser, como una música interior. Mientras la urbe nos despersonaliza, el campo, la serenidad del campo nos ahonda y enriquece. Una dulce onda cálida de soledad nos sube pecho arriba y nos hace sentirnos transido de una serenidad que nos recobra del tiempo perdido y de la agitación estéril y azorada. Suenan las ideas en un rítmico batir sobre la frente y el dulcísimo oleaje nos da un remoto mecer de cuna del pensamiento. En la soledad y en el silencio, el hombre se siente mejor. Es el roce, la inducción eléctrica, la crispatura de la multitud lo que nos obliga a conducirnos sin bondad ni caridad para los demás.

Si el hombre volviera al campo, a la paz, a la serenidad de estas tardes claras, sonoras, como copas, en que las palabras se posan en las frentes de las nubes o en las laderas de los montecillos, como si fueran mejillas que se encienden en el rubor de los silencios... Si el hombre volviera a fruir esta dulcísima serenidad de las tardes pensativas, sumido en sí mismo, hilandero de sus soledades y tejedor de sus ideas, el mundo europeo aún podría salvarse antes de este tristísimo anochecer de Europa.

Volved al campo y seréis gozosos como niños, al mismo tiempo que os hacéis multimillonarios de la serenidad que tanto necesitamos. Oid música de pinos y discursos de propagandas de gorriónes y alondras. No olvidéis que el mejor aparato para proyectar paisajes es el sol ponentino sobre pantalla de nubes.

PEDRO CABA



DEL PASADO PROXIMO CACEREÑO

CRIMEN Y POESÍA (1902)

BAJO signos tan dispares, de duro y terrible contraste, vivió Cáceres gran parte del año 1902: el eco de la pincelada sombría del crimen de Don Benito y la visita de Gabriel y Galán.

Antes de ocurrir los dos hechos citados, en la primera mitad del año, hubo alguna novedad de importancia: Cáceres estableció a más de la de Mayo, una Feria de ganado caballar, en los días 24 y 25 de Marzo, celebrada con éxito y desaparecido muy pronto.

La mayoría de edad y jura del Rey don Alfonso XIII dió motivo a la celebración de una fiesta, no demasiado brillante. El Ayuntamiento lució bandera, colgaduras e iluminaciones, tocando en su atrio la banda del Municipio hasta la hora de empezar la función organizada en el teatro «Principal». Descubrióse aquí un retrato del joven monarca, a los acordes de la Marcha Real, mientras todo el público aplaudía y vitoreaba con entusiasmo, salvo un disidente espectador que lanzó un viva subversivo y fué llevado al calabozo.

Fuera de este detalle, y de los aludidos perfiles dispares, el 1902 fué un año gris, en todas las acepciones de la palabra: lluvioso, con un fuerte huracán—desencadenado el 9 de Octubre, a las cuatro de la tarde, que hizo retremblar la ciudad, arrancando árboles y kioscos—, sin hechos destacados, de vida apagada... Hasta el baile que se dió en el Círculo de la Concordia, el 24 de Enero, parecía querer ponerse, simbólicamente, a tono con el ambiente incoloro, pues fué una fiesta a la que asistieron todas las muchachas vestidas de blanco y negro, algo así como de medio luto.

Fueron dos notas poco gratas y una altamente evocadora el intento de supresión de los obispados de Coria y Plasencia, la muerte del Ateneo de Cáceres y el traslado de los restos del poeta extremeño Espronceda al panteón de Hombres Ilustres.

Desde los días estivales flotó sobre la ciudad la estela trágica del crimen cometido en Don Benito. Todos los comentarios, en Extremadura y fuera de ella, giraron en torno a este suceso tan indigno, tan repugnante, tan execrable. Un señorito—clásico «señorito», no señor—prendado de una honesta joven, que vivía sola con su madre, no habiendo podido por otros medios vencer su virtud, con la complicidad de un amigo y del sereno, entró en el domicilio de las dos mujeres, en la noche del 26 de Junio, asesinando a ambas, en un acto de incalificable crueldad, desesperado por no poder saciar sus torpes apetitos. El «señorito» y su amigo, fueron ahorcados; el sereno fué a un penal a cumplir cadena perpetua.

Este hecho—que por lo ingrato no merece descender a detalles—causó sensación en Cáceres, comentándose ampliamente. Había romances, narrándolo a lo vivo. Charlatanes, con carteles pintados, en los que se representaban cuadros de la tragedia, referían a voces

el suceso en las esquinas de las calles, como propaganda para la venta de sus romances.

La nobleza sublime de la poesía vino a borrar el mal sabor de aquellas inmundicias, en el último mes del año. El 27 de Diciembre llegó a Cáceres don José María Gabriel y Galán. Vino inesperadamente, sin previo aviso y sin conocer a nadie; pero una hora después de su llegada la ciudad entera estaba en conmoción.

Galán estuvo en un baile en la Concordia, subió a la ermita de la Virgen de la Montaña y fué agasajado con un banquete. Horas felices para Cáceres aquéllas en que la luz de oro de la poesía iluminó todas las mentes. Las rencillas políticas de conservadores y liberales, pervivencia de las viejas banderías, quedaron borradas, para festejar a Gabriel y Galán, todos los cacereños unidos. Aludiendo a tal cosa, comentaba una revista local: «¡Sólo por esto—oh, poesía—fueas bendita: por ser lazo de unidad!»

Con el poeta presidió el banquete el recién nombrado gobernador civil de la provincia, don Santiago Jalón. Asistieron sesenta comensales, entre los que figuraban autoridades, párrocos, sacerdotes, nobles, letrados, escritores... ¡El «todo Cáceres» de entonces! Celebróse en la noche del día 28. Hubo brindis, inaugurados por el Gobernador, y Galán dió las gracias, leyendo su improvisación *La Fabla del Lugar*. Una salva de aplausos estalló al concluir con esta final estrofa:

«¡Señoris, que yo no merezo
toas estas querencias!
¡Que Dios vos lo paguei
y que yo de verdad lo agradeza!»

Ante el entusiasmo apremiante, vióse obligado a leer más versos, dando a conocer «El Cantar de las Chicharras».

Subió el poeta a la Montaña, para postrarse ante la Virgen y admirar el panorama que se abarca desde aquella altura. Espíritu profundamente religioso, inspiróse allí para escribir su poesía *La Virgen de la Montaña*, sentido canto a la bendita imagen, a la mujer cacereña y a la ilustre ciudad de

«Los palacios y las torres de los viejos hombres idos
en el carro de los tiempos de la gloria y el honor».

Galán marchó seguidamente a su residencia del Guijo de Granadilla, dejando una suave estela de poesía y algunos amigos verdaderos, entre los que destaca el Abogado y escritor don José Ibarrola, muerto no hace muchos años, verdadero enamorado de la obra y del alma del vate, al que pasó rindiendo público homenaje en la prensa cacereña durante toda su vida, en sentidos artículos en los que supo recoger recuerdos y anécdotas del malogrado cantor de Extremadura.

Crimen y poesía: duro contraste, como la lucha eterna del bien y el mal, pasó por Cáceres en 1902. Y el Ángel venció a la Bestia: nadie recuerda ya el crimen de Don Benito, mientras los versos de Galán siguen cantando en los labios y en el corazón de los cacereños.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO



GALERIA DE COLABORADORES DE «ALCÁNTARA»

D. Jesús Delgado Valhondo